

Verdades compartidas

“No hay cosa oculta que no venga a descubrirse, ni hay secreto que no llegue a saberse” (Mt 10, 26).

En Chile se manifiesta una desmesurada desconfianza cuyas raíces nacen antes de los dolorosos acontecimientos que nos dividieron en las últimas décadas. Por esto, no es común que el vecino o el compañero de trabajo exprese francamente lo que piensa. Más aun cuando muchos están convencidos de que al revelar una persona o institución algo de sí misma, puede hacerse más vulnerable frente a los demás.

Recientemente, un senador socialista confesó que, al mirar con distancia crítica su actuación en el gobierno de la Unidad Popular, sentía deseos de “reparar los males” que causó. Como él, muchos han hecho una aguda autocrítica de actitudes pasadas sin por ello perder credibilidad.

“DESCLASIFICACIONES”

En el último tiempo se han sumado a las declaraciones personales diversos acontecimientos que, felizmente, pueden abrir un espectro más amplio de verdades reconocidas por la gran mayoría de los chilenos. Junto con valorar la conciencia ya extendida por todo el país de que hay que resolver el problema de los detenidos desaparecidos, y la aceptación generalizada del informe Rettig como un documento base, podemos mencionar, entre otros, los siguientes sucesos: la “desclasificación” que da a conocimiento público los archivos secretos de los organismos de seguridad estadounidenses sobre lo sucedido en Chile entre 1973 y 1978; también el empeño y diligencia

de los jueces que llevan adelante los juicios contra ex uniformados que actuaron como agentes represivos, y las divergencias importantes que éstos revelan frente a la hasta ahora monolítica versión de los hechos del pasado. El horror de saber que, según lo ha informado el Colegio Médico, hubo más de doscientos mil casos de torturados en el régimen anterior. La confirmación de la existencia de purgas al interior de las Fuerzas Armadas al comienzo de la dictadura y el endurecimiento artificial impuesto con las maniobras de la nefasta comitiva militar llamada “Caravana de la muerte”.

Los anteriores son todos temas de los que se habla profusamente y que constituyen esa verdad común en la que todos vamos estando de acuerdo. Incluso el mismo senador Pinochet afirmó en recientes declaraciones: “No tuve tiempo para controlar lo que otros estaban haciendo”, buscando excusarse de su responsabilidad pero, a la vez, implícitamente aceptando que durante su régimen se habían cometido crímenes.

Todos hemos podido apreciar los beneficios que tienen para nuestra sociedad estas “desclasificaciones” y es nuestro deber alentar otras más. De tal manera que los secretos lleguen a saberse no por la iniciativa de otros países, ni sólo por la tenacidad y presión de unos pocos (¿cómo no rendir un homenaje a Sola Sierra!), sino por el deseo mayoritario de los chilenos que desean vivir en paz, en la verdad, en un clima de confianza y con el mayor gra-

do de justicia posible.

Acercándonos mutuamente a través de las verdades compartidas encontraremos caminos de entendimiento para nuestra patria. A quienes todavía ven en la entrega de información o en el reconocimiento de los yerros del pasado un signo de debilidad, la verdad que irrumpe por todas partes puede aparecerles amenazante. Sin embargo, ni las presiones de las FF.AA. ni las de parlamentarios de derecha podrán detenerla. Casi todo el espectro político nacional coincide en que es necesario al menos el conocimiento de la verdad. Lo que aún se discute es a qué grado de justicia debemos aspirar. Las limitaciones a la ley de amnistía que, en el proceso de la "Caravana de la muerte", los tribunales de justicia han señalado recientemente, nos hacen esperar más justicia.

HACIA OTRA LATITUD

Recién estamos comenzando a salir de la latitud autoritaria. A ello han contribuido el arresto en Londres del senador Pinochet, los juicios iniciados en Chile en su contra y también el reconocimiento decidido de los candidatos presidenciales que lideran las encuestas, de aspectos execrables de nuestro pasado. Tanto Lagos como Lavín asumen el drama de los detenidos desaparecidos como un problema real que se debe enfrentar en el presente. Ambos consideran también necesarias ciertas reformas institucionales. Lavín ha declarado su irrestricto respeto a la labor de los tribunales de justicia y que los uniformados deben dejar de hacer declaraciones ajenas a sus actividades profesionales. Y así como este candidato de la derecha no se siente continuador del pinochetismo, tampoco Lagos aspira a que se lo encasille como un segundo presidente socialista, pues lo que pretende es convertirse en el tercer gobernante de la Concertación.

Con todo, queda camino por recorrer. Siguen arraigadas viejas prácticas, anteriores al régimen militar. El autoritarismo y el temor subsecuente persisten en nuestra mente y en nuestra vida social.

Necesitamos en Chile una "desclasificación" total, ciudadana, institucional. Una mayor transparencia en las instituciones de la nación. En la organización y financiamiento de la campaña presidencial.

En el Poder Judicial, donde los magistrados deben seguir asimilando las perspectivas críticas que les dan la oportunidad de revisarse, rechazando presiones indebidas de parlamentarios, uniformados u otros poderes del Estado, y reprimiendo con prontitud toda manifestación de corrupción y venalidad interna.

Sin duda, también la crisis de los partidos políticos tiene que ver con la necesidad de transparencia. La Democracia Cristiana ya decidió en su Junta Nacional cambiar su estilo de proceder desde las cúpulas para intentar una política que tome más en cuenta a las bases. Los otros partidos tendrán que hacer frente a situaciones similares.

En el momento actual, podemos ver que en el país recién se vuelve a debatir y que se empieza a promover la participación ciudadana. Debemos seguir caminando hacia una mayor implicancia de la ciudadanía en las políticas estructurales. Las verdades compartidas se consolidan a través de la discusión y de la aceptación de situaciones reconocidas por todos.

Esta conjunción de búsquedas y manifestaciones de la verdad, refrescará el alma de quienes se ahogan con el aire enrarecido que amenazaba con imponerse, y, a la vez, permitirá entusiasmar a los que han de convivir y construir el Chile del siglo que se acerca.

El Padre Hurtado cuestionó la falsa idea de catolicismo que había en nuestro país y urgió a los chilenos de su tiempo a encarar la injusticia y la miseria que los rodeaba. A 47 años de su muerte, él nos sigue llamando a construir un país fundado en el amor, que sólo se puede sostener en el tiempo si se sustenta en la verdad y la justicia. Compartimos plenamente lo expresado recientemente por el obispo emérito Carlos González Cruchaga: *"La reconciliación no se obtiene con documentos ni acuerdos; se obtiene con la verdad que se va construyendo y elaborando poco a poco. Una vez que se logra la verdad ésta lleva a la justicia. Con justicia se obtiene la reconciliación y después llega el perdón"*.

Mensaje

Agosto de 1999